

# CARTA A AGUSTIN ACOSTA

(En el Cincuentenario de sus  
Primeros Versos)

por

JORGE MAÑACH

Mi querido Agustín:

**M**UCHO sentí no poder asistir al gran homenaje que te ofreció el Ateneo de Matanzas por tus bodas de oro con las Musas, al mismo tiempo que esa benemérita institución conmemoraba el octogésimo aniversario de su fundación, es decir, de sus servicios a la cultura en la Atenas de Cuba. Ya te dije por radiograma la razón de mi ausencia: tenía que atender a la reunión que esa misma noche dominical celebraba, con sus oyentes invisibles, la Universidad del Aire. Pero yo estaba allí, con tantos otros amigos tuyos, en espíritu, y por las mismas ondas de nuestro programa radial hice que navegara mi saludo "a la gran voz poética de Cuba".

No me acaba eso de llenar la querencia de adhesión, y por eso te escribo esta carta pública. Al disponerme a escribirtela, me ha venido el recuerdo de aquéllas — muchas, por cierto — que nos cruzamos en otras épocas de nuestra vida, de nuestras vidas, cuando teníamos aún amistad flamante o, en todo caso, diligente para la comunicación; cuando nos sentíamos, por muy "cubanas razones", ávidos de calmarnos impaciencias y angustias; cuando nos sentíamos los dos un poco solos, pero juntos a pesar de la física distancia.

¿Y qué hermosas eran aquellas cartas tuyas, Agustín!... Las conservo casi todas, para cuando te llegue la hora — que ojalá tarde aún mucho — de la posteridad absoluta: esa hora en que a la gloria colmada se le empiezan a recoger sus intimidades, y se hace, entre amigos, cosecha de cartas ilustres. Ahora, a solas con mi tesoro de las tuyas, no he podido resistir la tentación de volverlas a leer. Lo primero que de nuevo admiro es tu firma. Una firma enorme, espaciada, con sus dos AA monumentales y henchidas, y, por debajo del nombre y apellido firmamente enlazados, una rúbrica sumamente sencilla, a pesar de ser de notario, pero que tú debías de trazar con la pluma muy ladeada y abierta, pues lo que dejaba sobre el papel era una verdadera

pincelada. Tu nombre, ya entonces un gallardete en nuestras letras, parecía navegar sobre un pequeño mar de tinta. Las letras avanzaban rápidas y seguras, a todo velamen, codiciosas de horizontes, y la rúbrica se llenaba hacia atrás, como la estela de gloria que ya íbas dejando.

Cuando me escribiste esa primera carta, ya, en efecto, eras famoso en nuestro ámbito, y resonante fuera. Tu "prehistoria" de versos había empezado, por lo visto, hacía muchos años, puesto que ahora celebran el cincuentenario de ese comienzo — lo cual, tal vez, no deja de ser un poco indiscreto, porque a uno no le deben recordar tan categóricamente los años cuando ya la suma de ellos se va haciendo melancólica, y porque, además, no se nos deben mentar a los escritores los pecados de la mocedad. Todos sabemos que tu verdadera historia de poeta comienza en 1915, con *Ala*, aquel primer libro de título tan justo.

También conservo — yo, que ya voy podando de libros segundones mi biblioteca — un ejemplar, que supongo de la primera edición. La

había publicado aquella Biblioteca Studium, que todos recordamos casi con ternura: aquella que tenía por emblema — en dibujo de García Cabrera, o tal vez de Jaime Valls — un buho posado sobre un libro abierto. Un buho, no un cisne. Accidental simbolismo, porque tú irrumpías en nuestro aire poético, no con el ala decorativa, pero sin trémolo ni altura, del primer Modernismo, sino con la crepuscular y celeste del segundo momento, que recordaba un poco a las lechuzas de Minerva.

¡Ala! Maravilla de nobles intentos,  
de ensueño y de gloria, de paz y  
[de altura...]  
El ala no teme la cruz de los



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

[vientos,  
el ala nos abre la senda futura.

Así, más que cantar, clamaban tus primeros versos. No recordaban abates ni marquesas ni versallescocos jardines; no se fugaban, con modernismo sólo verbal, a los predios de la nostalgia. Aunque en su afán de universalidad quisieran conservar todas esas notas del registro poético de la época, y aun no pocas del buen romanticismo viejo, el acento, se te iba sobre todo a lo aquilino, y era la tuya una poesía de esperanza y de promesa en que ya se veía temblar un poco la ira y asomar la protesta.

Por eso decías:

Yo no soy como todos. Mis tris-  
[tezas  
son las hondas tristezas del que  
[llora  
la inclinación servil de las cabezas  
que fueron bautizadas por la  
[aurora.

¡Cuántas cabezas de esas, Agustín, hemos visto doblarse desde entonces! Los que vinimos un poco después de tí, mucho te quisimos por esa gallardía con que tu canto sonoro se alzaba. Te la quisimos, y te quisimos el verso, hasta cuando, a la verdad, la sonoridad no estorbaba un poco.

Precisamente en aquella primera carta tuya que conservo te quejabas un poco de esa reserva. Acababas de publicar tu segundo tomo de versos, Hermanita. Yo no recuerdo bien lo que sobre él escribí; pero lo colijo de tu carta. El libro nos había gustado mucho; hasta nos había gustado más que Ala, (con todo y lo bueno que había sido ese plumón celeste) acaso porque había menos oratoria en él. Aquella era una época en que le teníamos, tú lo recuerdas, fobia a todo lo que llevase demasiada carga verbal. Empezábamos a sentir que la mejor tradición de nuestra cultura, y la mejor vocación de nuestra república, se nos estaban quedando anegadas bajo una perenne catarata de palabras. Queríamos más sustancia, más continencia, más rigor, más entraña en todos sentidos. Y al celebrarte yo eso de tu nuevo libro, en que el tema de madrigal aseguraba un tono de intimidad, me escribías en defensa de tu sonoridad pasada.

Parece, sin embargo, que en mi ambición respecto de tí, que eras ya la primera voz poética de Cuba, yo tampoco me resignaba a que se te desmadejase en íntimos deliquios el batir del ala. Con un poeta de tamaño talento había que ser exigente. Y tú me escribías, todavía "de usted": "Hermanita le dejó la nostalgia de los mundos que Ala prometía revelar. Usted

deseaba terminar el alfabeto de que Ala fué el alfa inquieto. Pues bien: esa obra existe, perdida por mis gavetas, en las cuales el pasado está durmiendo su divino cansancio. Existe, pero no puede salir, en esta hora del Arte, tal como está: galas viejas la visten: terciopelos de antes, en cuyas piedras sobrepuestas el sol brilla con demasiada fuerza; encajes que velaron la aurora finisecular; perversión algo cruda; lunas de los tablados de Arlequín. ¡Ah! Aquella locura, querido Mañach, ya pasó. Me duele no ser sonoro, porque me gustaban tanto los clarines."

Y después añadías, en defensa de Hermanita, defensa que a la vez yo no necesitaba: "es una obra que señala en mi vida una etapa sentimental sosegada y sería: no es el romanticismo loco, ni el mundanismo: es otro sentimiento más callado, más sereno: una contribución que el poeta aporta a la crítica de mañana, si a ella se hace merecedor. Porque ya tuvo su época y su libro. Ahora, desde la cumbre de mis treinta y cinco años, me toca una de estas cosas: volar, o rodar hacia la falda de esa cumbre. Y no todos, querido Mañach, podemos ser Dante".

¡La cumbre de tus treinta y cinco años!... Con qué leve sonrisa, en tu cara siempre un poco volteariana, debes de leer ahora, Agustín, la melancolía de esa frase. De las dos alternativas que entonces precisabas, ya sabíamos que habías de optar por la primera: volar aún más alto y más recio. Tuviste tentaciones de quedarte al ras de tu tierra aldeana, en paz notarial. No pudiste. Andanzas cívicas que mucho prometían te sonsacaron el candor de poeta y de hombre bueno, es decir, ingenuo. Y te engañaron. En la carta posterior que conservo, a propósito de la necesidad de ir denunciando falsías y de "decapitar conceptos", me escribías: "Si usted quiere una espada, le ofrezco la que se me quedó virgen en esta gran comedia de veteranos y patriotas."

Sin embargo, con esa carta me mandabas copia de un comentario muy generoso que habías escrito para un periódico sobre mi primer libro, "Glosario". En un párrafo de aquel artículo, que tenía forma de diálogo, decía por tí un tal Fernández: "Siempre los redentores fueron crucificados; pero los tiempos de hoy —perdone usted esta idea tan nueva— no son aquellos tiempos. El redentor de hoy, el reformador, tiene apóstoles que son a la vez lanceros, y no se confor-

man con desalojar del templo a los mercaderes de la deshonesta baratería, sino que prenden fuego al templo, no sin antes haber echado a vuelo las campanas para que acuda la gente y vea el espectáculo maravilloso." El escepticismo y la gana de pelea andaban en ti a la greña, Agustín.

Triunfaría —por un largo y valeroso tramo al menos— la voluntad de redimir, casi siempre frustránea, pero nunca inútil. Eso sería ya hacia las postrimerias del gobierno de Machado, cuando te incorporaste a la cruzada del Nacionalismo y de los coroneles —entre ellos ese noble coronel Mendieta, a quien tan fielmente has querido siempre. Entretanto, vino tu fuerte poema "La Zafra", lleno de airadas "razones cubanas", como el rechinar de las viejas carretas. Y no deja de ser curioso que, un año antes, no te percataras de cómo esa pelea había que librarla, y se estaba librando, en otros terrenos preparatorios, señaladamente en el de la cultura. Por entonces, en 1925, me escribías acerca de mi conferencia "La Crisis de la Alta Cultura en Cuba" y concertabas en tu carta, con algunos elogios cariñosos, muy severos reproches por el acento demasiado negativo hacia lo actual, hacia lo contemporáneo, que en aquel trabajo guerrearba. Eso, decías, "como cubano me duele, como poeta de hoy me entristece, porque veo que nuestra labor no tiene estímulo de los más altos espíritus llamados a comprenderla".

A mi contestación, no arrepentida, respondiste con otra carta admirable. No creo que se haya hecho por nadie una apología más férvida, más puntual en su concisión, ni más generosa, de las letras republicanas que la de esa hermosa carta tuya, en la que algún día se descubrirá un documento precioso para nuestra historia literaria. "Nosotros no vamos a mejorar ninguna época —me decías—; nosotros vamos a hacer una época nuestra; nosotros no vamos a caminar sobre las paralelas que por terrenos abruptos pusieron nuestros antepasados. Nosotros vamos a implantar paralelas sobre las cumbres, si es posible..." Y explicabas nuestra divergencia crítica arguyendo: "Tu cultura es metódica, preparada, busca un fin. La mía no tiene método, porque no busca

fin alguno... Simpatizando con el desorden natural de las revoluciones, no es herida por ellas, y tiene a la benevolencia, a la disculpa, al estímulo..."

Más que dos "culturas" eran, Agustín, dos temperamentos y acaso, una leve diferencia de años lo que andaba de por medio. Dos modos, también, de sentir o de concebir esa "revolución" de que ya hablábamos. Yo la quería regida y nutrida desde lo hondo, desde la conciencia y la letra misma. Tú, como buen poeta, te contentabas con el penacho ardiente y la simple metáfora histórica. Por ti hablaba un poco todavía el estremo triunfal de la República, aquella gran ilusión; por mí, el sentimiento defraudado con que amanecemos a las turbias y torvas realidades de ella los que habíamos nacido a la vuelta del siglo.

Pero "La Zafra" a todos nos dió la razón. Al colonialismo y servidumbre de campos y hombres que tú denunciabas en tus versos de machetero lírico, a la gran angustia de nación por hacer, que se airaba en tus ardientes estrofas, ¿no correspondía aquella mi inconformidad con una cultura republicana que cada vez parecía desmedrarse más, perder más el acento abnegado y batallador de nuestros próceres?... Cada cual por su lado, íbamos preparando la protesta integral con que Cuba pronto se encendería. Aquella segunda carta tuya terminaba con estas palabras de sombrío humorismo: "Y mucho ojo por las noches, cuando llegues a tu casa. La sombra es propicia para la "alta cultura de los asesinos". Acababan de matar a Sagaró.

Pasaron tres años. Tu carta siguiente está fechada un 20 de mayo, y después de esa data insertas un "¿eh?" irónico. Se estaba librando entonces, como para afilar armas, o para distraernos algo de la tremenda pesadumbre cívica, la batalla vanguardista. Tu carta se inicia con una estampa deliciosa de una visita de Juan Marinello. Y después, esta andanada:

"Todos somos en el fondo un poco de lo que no queremos ser. Así por ejemplo: ¿no se da Jorge Mañach espiritualmente a la música de los más bellos versos antes que a la fanfarria gangá de las metáforas vanguardistas? ¿Quién me convence a mí de que tan fino paladar saborea las leches agrias, cuando no tiene necesidad de bacilos búlgaros? Avanzar es ir adelante en el camino que ya uno previamente se ha trazado. Vanguardia quiere decir salto, sorpresa, botín. Avanza el que sabe adónde va. La vanguardia es casi siempre carne de cañón. La bandera va siempre en el centro, porque no puede

exponerse al ultraje del enemigo"... Así te situabas estéticamente, y adelantándote a un posible vituperio me decías: "¿Reacción? Claro que sí. En el sentido de no dejarse llevar, para evitar la locura de transigir."

En una carta de noviembre de ese mismo año, a propósito de mi "Indagación del Choteo", definías con menos reticencia tu pensamiento estético: "...Observo aquella transparencia que parece ser el distintivo de cuanto, fuera de toda escuela, llega algún día a tenerse como clásico. Porque lo clásico es de todos los tiempos. No hay escuela clásica. El fin de todas las escuelas, una vez depuradas, alquitaradas de sus mostos más agrios, es, sin duda, el clasicismo. Clásica es la escuela llamada así en todo aquello que por su propia naturaleza perdure; clásico es el romanticismo en lo más puro del sentimiento desbor-

dado, y clásico es el modernismo, en las más finas obras del siglo pasado y de principios de este siglo. Todos esos aportes de las escuelas al núcleo permanente e inmortal del clasicismo marcan una época en ese gran conjunto, forman un todo idéntico a sí mismo; es lo que queda del Arte. Y todo ello, desde luego, pregona su diáfana sencillez, su inmortal transparencia. Sólo lo transparente es inmortal."

Terminabas esa carta diciéndome: "Voy a meterme en la torre de Babel, desde la cual estoy escribiendo BABILONIA. Sólo me queda por escribir la última parte, o sea aquella que combate al imperialismo yanqui, sin ninguna suerte de retornos. Belo y Semiramis me amparan. Mas si cuando el poema sea ya una realidad está —¡todavía!— en el poder este megalómano que sufre Cuba, entonces, querido Jorge, doblarán por mí las campanas de todas las catedrales de América; tú mismo te harás una tonsura graciosa y brillante, y con la sobrepelliz del más fino hilo que

comentando  
bien eso es parte, y acaso la me-  
for; de los cincuenta años de pre-  
sencia espiritual que te estamos

tuoso anuncio.

Vendrán los días negros. Los  
[magos vieron soles  
negros en cielos rojos. La más sabia  
[sibila  
quedó muda, y ya nadie esperará  
[más horas  
que éstas de torres truncas y  
[templos destrozados.

Y los días negros, en efecto, no tardaron ya en venir. Le escribiste, recuerdo, una carta valiente y viril a Machado, pidiéndole que renunciase, para bien de Cuba. Te persiguieron. Te metieron en la cárcel. En mi oficinilla de "Fin de Siglo", donde yo trabajaba entonces como jefe de publicidad, no te hice urdir ninguna sobrepelliz, porque estaba muy ocupado, al margen de los anuncios, en urdir proclamas del ABC.

Y ya, después, a todos nos cogió la tempestad revolucionaria, y nos dispersó. Ya no tuve más cartas tuyas. Estuvimos más cerca físicamente y, sin embargo, más distantes —hasta cuando fuimos senadores los dos, y yo, con el rabo del ojo, te veía, en tu escaño, indiferente a las inanidades usuales del debate, escribiendo... Quizás eran los primeros pasos métricos de "Los camellos distantes"...

Perdóname, querido Agustín, si me he tomado esta venia de despedazar tus cartas, de revelar, indiscretamente, aquello a que sólo tu posteridad tiene derecho. Pero en el acto del Ateneo de Matanzas, Chacón, Vitier, Rodríguez Rivero habrán hecho ya los elogios debidos de la gran voz poética que diste a la República. Yo he querido unir al tributo estos recuerdos personales, que son un poco del trasfondo de tu poesía, y un pedazo de nuestras vidas paralelas. Tanto como de tus versos, muchos fuimos entonces a disfrutar de tus cartas bellísimas, que tantas veces nos hicieron pensar en el gran prosista que le estabas hurtando a Cuba; de tu enorme simpatía criolla, estilizada en el más fino humorismo; del regalo constante, aun a distancia, de una amistad que hasta ponerse "brava" sabía con el más generoso talante; del ejemplo, en fin, de tu gallardía ciudadana... Tam-

*Bohemia,*  
*dic 5/54*